

El Trollino

HORADE MIKELLINO

El dragón del fin



TEAMCOMPAS

mī

El Trollino

HORADE MIKELLINO

El dragón del fin

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

DE PASEO POR EL INFIERNO, 8

CAPÍTULO 1

¡AQUÍ HAY ALGO QUE HUELE MUY MAL!, 12

CAPÍTULO 2

HACIA EL VALLE DE LOS ESPÍRITUS, 26

CAPÍTULO 3

CARA A CARA CON WILLIAM JOSÉ, 42

CAPÍTULO 4

EL TERRORÍFICO GUARDIÁN DEL JARDÍN, 56

CAPÍTULO 5

EL LARGO CAMINO HACIA LA FORTALEZA ROJA, 72

CAPÍTULO 6

¡EL ENCUENTRO CON EL GASTOR!, 88

CAPÍTULO 7

LA APARICIÓN DEL REY CALAVERA, 102

CAPÍTULO 8

DE VUELTA AL MUNDO DE LOS VIVOS, 118

CAPÍTULO 9

UN NUEVO ALIADO, 132

CAPÍTULO 10

RUMBO A LA DIMENSIÓN SINIESTRA, 148

CAPÍTULO 11

EL ENFRENTAMIENTO FINAL, 164

EPÍLOGO,

DONDE CABE UNO, CABEN DOS, 182

CAPÍTULO 1

¡AQUÍ HAY ALGO QUE HUELE MUY MAL!

—Vale. ¡Ahora sí que sí! —sollozó Mike—. Ha llegado nuestra hora. ¡Vamos a morir!

El perro cerró los ojos y contuvo la respiración mientras los cerdos lo rodeaban. Luego, esperó el inevitable final. Sin embargo, algo extraño ocurrió. Por más que pasaba el tiempo, allí no sucedía nada, así que, sorprendido, el perro abrió un ojo para entender por qué la muerte no llegaba.

—No comprendo qué está pasando. ¿Se puede saber por qué diablos estos tipejos no nos mandan al otro barrio?

—Yo tampoco me lo explico —murmuró Trollino abriendo también los ojos y rascándose la cabeza—. Es como si no nos vieran.

—¿En serio? ¿Tú crees? —preguntó Mike.

Al oír la respuesta de su amigo, el animal levantó las patas y comenzó a agitarlas delante de los ojos de las bestias.

—¡Hola! ¡Estamos aquíííí! ¿Qué pasa? ¿Somos invisibles o qué?

Los cerdos no reaccionaron, cosa que a Trolli lo desconcertó aún más. Y es que, por sorprendente que pueda parecer, los animales habían pasado delante de ellos sin apenas inmutarse, pero entonces...

—Ah, un momento. ¡Ya sé lo que pasa! —comentó el chico, al que se le acababa de encender la bombilla.

—¿Ah, sí? Pues explícamelo —dijo su mascota—, porque yo estoy más perdido que un chorizo en una ensalada de frutas.

—Verás —indicó su amigo—. Creo que, si no les hacemos nada, ellos no nos atacan.

—Ah, pues mucho mejor así. Así podemos largarnos sin que llegue la sangre al río.

Tras decir esto, Mike se puso en puntitas de pie y trató de caminar entre la manada de cerdos sin hacer ruido. Trolli hizo lo mismo, aunque para ello tuvo que esquivar varios cuerpos que estaban en su camino. Cuando por fin estaba a punto de salir de allí, uno de los cerdos, el que estaba más cerca de él, haciendo honor a su naturaleza, se tiró un pedo que resonó por todo el infierno.

—¡Puaj, qué asco! —se indignó Mike parándose en seco—. ¡Qué mal huele!

—Da igual —susurró Trolli sin detenerse—. Salgamos de aquí. No es momento de quedarnos en este lugar.

—¡Puf! ¡Claro! ¡Cómo se nota que tú no lo hueles! ¡El olor es insoportable! ¡Apenas puedo respirar! —se quejó el perro haciendo aspavientos para que el pestilente aroma se disipara—. ¡Es como si hubieran lanzado un millón de bombas fétidas a la vez!

—¿Estás seguro? —preguntó Trolli olfateando el aire con más ahínco—. Yo no huelo nada.

—*Ezo ez porque loz humanoiz tenéiz un olfato espantoso* —explicó Mike al tiempo que se tapaba el hocico con la pata—, pero *nozotroz, loz perros, podemos* oler cualquier coza, *azí* que puedo *azegurarte* que *ezte* bicho *ze* ha *cagao*.

Ante la insistencia de su compañero, Trollino volvió a olfatear el aire, pero nada. Aquella falta de apreciación no significaba que el olfato del chico estuviera averiado. Lo que pasaba era que el infierno olía tan mal ya de por sí (a azufre, a humedad y a organismos en descomposición) que la ventosidad se camuflaba entre los hedores y Trolli era incapaz de distinguirla.

—¡Eres un marrano, literal y metafóricamente hablando! —gritó Mike.

Mientras decía esto, el perro empezó a mover las patas en el aire tratando de alejar la flatulencia de su lado. Por desgracia, en uno de esos movimientos, el animal dio un pequeño golpe al cerdo que estaba junto a él y este, rápidamente, se volvió con cara de odio.

—¡Oink, oink y reoink!

—Vaya —advirtió Trollino con pesar—. Parece que ahora sí se ha dado cuenta de nuestra presencia.

Desde luego, la mirada de ira del bicho no dejaba lugar a dudas. Pero para aclarar todavía más la situación, el marrano se puso a berrear y a lanzar chillidos para alertar a sus compañeros. Al momento, todos sus camaradas, como despertados de un sueño, miraron a los intrusos y se abalanzaron hacia ellos.

—Anda, mira —dijo Mike admirado—. Vienen hacia nosotros. Para mí que son fans nuestros.



—¡Calla, loco! —le ordenó Trolli mientras daba media vuelta y se ponía a correr hacia una colina de escombros que había a su derecha—. ¿Cómo van a ser fans? Como mucho serán *haters*. ¿No ves que nos odian?

—Ah, pues sí —confirmó Mike al ver que las criaturas se dirigían hacia él como si fueran perros rabiosos—. Tienes razón. Tal vez estén enfadados.



—¡La culpa es tuya! —exclamó su dueño sin parar de correr—. No tenías que haberte puesto así por unos simples gases. Ya casi nos habíamos ido sin que ocurriera nada.

—¡Ya, pero es que ese animal era un guarro! —se defendió el perro siguiendo a su amigo a toda velocidad.

—¡Pues claro! —lo retó Trolli—. ¡Ya lo dice su nombre! ¡Son cerdos! ¿Qué esperabas?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclamó el perro nervioso—. Tan solo quería que ese olor desapareciera y...

—¡Deja de excusarte y dedícate a correr! —le sugirió Trolli mientras subía por la resbaladiza colina llena de piedras—, ¡que estos seres tienen muy malas pulgas!

¡Era verdad! Las caras de enojo de las bestias que los perseguían eran todo un poema, así que el perro aceleró para no morir aplastado.

—Oye, ¿por qué no nos enfrentamos a ellos? —preguntó el animal una vez que hubo alcanzado a su dueño.



—¡No es buena idea! —contestó Trolli girando la cabeza para ver cuántos individuos los perseguían—. Son demasiados. ¡Es mejor huir!

—¿Estás seguro? —preguntó el perro deliberando si dar media vuelta o no—. Siempre he oído decir que huir es de cobardes.

Trolli no hizo caso a las ganas de gresca de su amigo y se dedicó a bajar la loma por el otro lado con cuidado de no matarse.

—Bueno, tú verás lo que haces, pero en mi barrio suele decirse que quien huye a tiempo vive para pelear otro día.

Nada más decir esto, una lanza arrojada por uno de los monstruos porcinos pasó rozando el pelo de Mike.

—¡Vale! Me has convencido —dijo el perro iniciando la carrera de nuevo—. Me quedo con tu refrán. ¡Es mucho más sensato!

De esta forma, los dos amigos siguieron avanzando por aquel erial de polvo, fuego y explosiones gaseosas. No obstante, el tiempo jugaba en su contra. Mientras ellos estaban cada vez más agotados, los cerdos no parecían notar el esfuerzo y poco a poco fueron recortando distancia.

—¡Mueve las patas más deprisa! —le gritó Trolli a Mike—, ¡que al final te van a alcanzar!

El chico tenía razón. Con la tontería, las criaturas se habían acercado tanto que ya casi podían tocar la cola amarilla del perro con la punta de los dedos.

—¡Trollino, haz algo! —suplicó el animal muerto de cansancio—. ¡No puedo más!

—Pero ¿qué quieres que haga? —le preguntó su amigo, que tampoco podía distraerse demasiado si no quería ser apresado.

—No lo sé. ¡Llama a un taxi o algo!

—¿Un taxi? No creo que haya muchos por aquí. Lo que sí veo, en cambio, es un montón de rocas volcánicas y... ¡Ya sé! —exclamó el chico cambiando de dirección—. Vamos a tratar de engañarlos. ¡Sígueme!

Rápidamente, Trolli se dirigió hacia una explanada en la que había un montón de montículos alargados cubiertos de líquenes morados y comenzó a rodearlos con la esperanza de perder de vista a sus perseguidores.

—¡Ven, rápido! ¡Escóndete aquí conmigo!

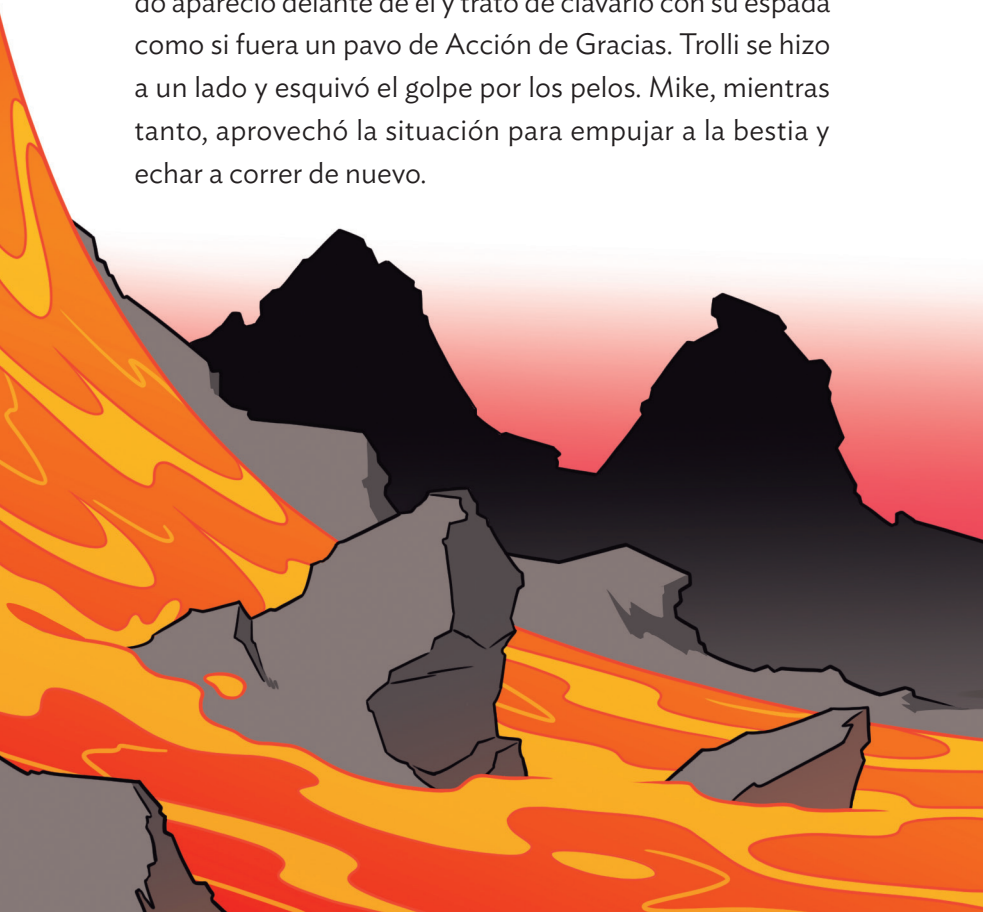
Sin dar tiempo a que pudiera poner algún impedimento, Trolli agarró a Mike y se escondió detrás de una piedra del tamaño de un coche. Luego, le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio.



—¿Sabes una cosa, Trolli? —dijo su amigo en voz baja una vez que estuvo a salvo—. No me gusta nada este lugar. Creo que ha sido una mala idea venir al infierno.

—Sí. A mí tampoco me agrada demasiado este sitio —susurró el muchacho mirando de reojo hacia atrás, para ver si habían conseguido despistar a sus perseguidores—. Lo mejor será que encontremos la verruga abisal y el ojo de gastor y nos vayamos de aquí cuanto an...

No pudo terminar la frase. De repente un hombre-cerdo apareció delante de él y trató de clavarlo con su espada como si fuera un pavo de Acción de Gracias. Trolli se hizo a un lado y esquivó el golpe por los pelos. Mike, mientras tanto, aprovechó la situación para empujar a la bestia y echar a correr de nuevo.



—¡Aa, ya estamos otra vez como siempre! —se lamentó el animal agotado—. ¡Ni que nos pagaran un plus por metros recorridos!

—Anda, calla y sígueme en silencio —le pidió Trollino mientras se ponía adelante—, que tú eres de los que pierden la fuerza por la boca.

Una vez más, los dos amigos comenzaron a esquivar charcos de brea y explosiones de gases mientras avanzaban por aquel paisaje desolado. Por desgracia, cuando no llevaban recorridos ni quinientos metros, vieron que un río de lava de más de diez metros de ancho les cortaba el paso de forma abrupta.

—¡Melocotón! —exclamó Trollino mirando la catarata de lava con preocupación—. ¡Con esto sí que no contamos!



La situación era desesperada, su vida estaba en peligro y en aquella ocasión no parecía haber escapatoria.

—El río es demasiado grande para que lo podamos cruzar de un salto —anunció Trollino—. Y, por otro lado, ya es tarde para que podamos dar media vuelta y tomar un camino distinto.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —preguntó Mike agotado tras la larga carrera.

—¡Lanzarnos al magma! —ordenó Trolli tomando carrera—. ¡No nos queda más remedio!

—¿Te has vuelto loco? —vociferó Mike asustado—. ¡Esa lava debe de estar por lo menos a un millón de grados de temperatura! ¿Qué pretendes? ¿Que me convierta en un perrito caliente?

—Deja de decir tonterías —lo retó su dueño, nervioso por la proximidad cada vez más evidente de sus enemigos—. ¡Tenemos que saltar sobre esa roca de ahí!

Mike miró hacia donde señalaba su compañero y vio que, no muy lejos de donde estaban ellos, la corriente arrastraba una roca volcánica.

—Ah. Vale. Me habías asustado. Pensé que habías enloquecido.

—¡Venga, es ahora o nunca! —anunció Trollino con determinación.

Al instante, el chico salió corriendo y saltó sobre el pedrusco. Mike se lo pensó un poco más, pero, al ver que venían los cerdos hacia él, al final optó por hacer lo mismo.

—¡Apártate, Trolli, que voy!

Tras tomar carrera, el perro saltó con todas sus fuerzas hacia la roca. Por desgracia, el espacio que había sobre ella

era mínimo, así que cuando el perro aterrizó en la piedra chocó con el cuerpo de su dueño y salió rebotado hacia el magma, como si fuera una pelota de pimpón. Trolli, al ver el peligro que corría su amigo, se apresuró a socorrerlo, pero no se le ocurrió más que sujetarlo por las orejas para que no se cayera al fuego.

—¡Ay, qué daño! —se quejó el animal.

Obviando los aullidos de dolor, Trollino tiró de su amigo hasta que este estuvo a salvo de nuevo en la roca.

—¡Por qué poco!

—¡Y que lo digas! —comentó Mike mientras se acariciaba las doloridas orejas—. Es una lástima que ahora parezca Dumbo.

—Anda, deja de quejarte —lo regañó su dueño—, que al menos estás a salvo.

—¿Tú crees? Yo no lo tengo tan claro —comentó el perro levantando la cabeza y mirando hacia delante.

Enfrente de los dos amigos, el magma había empezado a ganar velocidad debido a la pendiente del terreno. De hecho, la corriente se había acelerado tanto que la roca volcánica ahora se movía hacia todos lados.

—¡Sujétate bien, Mike, que nos la pegamos!

Las palabras de Trolli no podían ser más providenciales, ya que el pedrusco comenzó a girar sobre su propio eje, como si fuera una peonza. En una de las vueltas, el chico salió disparado hacia el magma y esta vez fue su mascota la que tuvo que sujetarlo por el chaleco para que no cayera al fuego. Después, los dos amigos se aferraron entre sí con fuerza, como si estuvieran bailando y no quisieran que la canción terminase.



—¡Maldición! —exclamó Trolli con pavor—. Esto parece una calesita frenética.

—¡Y que lo digas! —añadió Mike, divertido, sacando la lengua fuera—. Esta piedra me recuerda a las atracciones que ponían en mi barrio cuando era pequeño.

Al oír aquel disparate, el chico giró para contemplar a su compañero con asombro. Mike, como siempre, inconsciente y alocado, no parecía haberse percatado del peligro que corrían. Por fin, tras un par de minutos de frenético descenso, el río se tranquilizó, así que Trollino aprovechó aquel momento de tranquilidad para tumbarse sobre la roca totalmente exhausto.

—Necesito descansar un poco —explicó Trollino cerrando los ojos—. Esta aventura ha empezado demasiado movida para mi gusto.

—Pues más que se va mover a partir de ahora —le advirtió su amigo.

—¿Por qué dices eso?

—Mira hacia delante.

Trolli hizo lo que le ordenaba su mascota y se llevó las manos a la cabeza. A una decena de metros, el fluido terminaba su camino de forma abrupta en una cascada gigantesca.

—¡Oh, no! —gritó Trollino aterrado—. ¡Vamos a morir!

En efecto. La caída por aquella catarata no podía acabar de ninguna otra forma salvo con ellos hechos puré.